

VIVO

Manón, Gaia, Roma, Fauna, Kala, Naila... Los nombres de los hijos son cada vez más insólitos



- Tras romper con la tradición cristiana y familiar, hoy los padres buscan nombres globales o inspirados en personajes mediáticos. Pero prima la originalidad: escoger un nombre atípico, único, es un valor al alza
- Los nombres globales —que pueden ser entendidos en varias lenguas— y mediáticos son dos de las modas que perfilan la nomenclatura actual, pero son pasajeras: “Leo será un nombre residual en diez años Catalunya”



La elección del nombre de nuestros hijos es un elemento muy social y personal, pero también muy sujeto a los dictámenes de las modas (Mayte Torres / Getty)

EVA MILLET
BARCELONA

09/01/2024 06:00 | Actualizado a 09/01/2024
07:22



Escuchar este artículo ahora

🔊 🔇 1.0x

00:00

08:19

Si en Estados Unidos tienen a [Apple](#), a [Brooklyn](#) y a Harper Seven. A [Blue Ivy](#), Rumi y Sir Carter (los hijos de Beyoncé). A North, a Chicago y a Dakota, aquí también tenemos ejemplos patrios de nombres insólitos: como Manón, Gaia, Selva, Blau, Índigo, Blu y Azul. O Capri, Roma y Cairo. Sin olvidar a Fauna, a Kala y a Naila.

Algunos de estos nombres —que empezaron a oírse en la última década—, son tan raros que aún no figuran en la base de datos del Instituto Nacional de Estadística. Al teclear “Manón”, “Fauna” o “Blu”, por ejemplo, surge la siguiente nota: “No existen habitantes con el nombre consultado o su frecuencia es inferior a 20 para el total nacional”. Sí que hay más de veinte Blaus (374 niñas, todas catalanas y con una edad media de 8,5 años) y Kalas (en total, 223, con una edad media de 4,2 años). En León, Teruel y Murcia hay varios chicos que se llaman Arán, pero su suma no llega ni a la

décima parte de los 1.839 Aran (sin acento), registrados sólo en Barcelona (con una edad media de 10,2 años). Roma (edad media: 8,2 años) es un nombre que va ganando terreno: hay 465 niñas en todo el país, aunque todavía no hay suficientes Capris para entrar en la estadística.

“Hoy la tendencia es poner nombres muy originales. Esto se detecta en las estadísticas: los más puestos solo llegan al dos por mil

Albert Turull i Rubinat
Societat d'Onomàstica

Este factor, ser único, original, es una de las razones por las que cada vez se ponen nombres más inusuales a los bebés. Los nombres responden a momentos sociales y, en tiempos de individualismo y en los que los niños son cada vez más escasos y especiales para sus padres, el factor singularidad es algo muy buscado. Como observa Albert Turull i Rubinat: “Hoy la tendencia es poner nombres muy originales. Esto se detecta en las estadísticas: numéricamente, los nombres más puestos se ponen menos”. Es decir, mientras que a mediados del siglo pasado los nombres más habituales —como María del Carmen o Antonio—, podían llegar al 2% de la población: “Hoy, los números uno del ranking solo llegan al dos... por mil. Hay más variedad, porque se busca la originalidad”.

Albert Turull es miembro de la Societat d'Onomàstica, una entidad fundada en 1980 que tiene como objetivo “el inventario, estudio y protección de los nombres propios (onomástica), de los de persona (antroponimia) i de lugar (toponimia)”, en lengua catalana. Los nombres, dice Turull, son importantes porque, además de identificarnos, sirven para entender nuestra sociedad y nuestro pasado.

“En historia, su estudio es clave, sobre todo en épocas en las que no hay apenas fuentes. Los nombres son herramientas para saber de donde venía la gente, dan mucha información”, añade Ana Zabalza Seguí, profesora de Historia Moderna de la Universidad de Navarra y otra enamorada de la onomástica. A ella le pregunto qué dirían sus colegas del futuro sobre los nombres actuales de los niños españoles: “Para empezar, que ha habido una ruptura, porque veníamos de una larga tradición europea, cristiana, de nombres vinculados a esta fe. Durante siglos, las lenguas europeas compartieron un tronco común, muy potente, de nombres como Juan y María”. En España, añade Zabalza, había un rasgo distintivo: “Se evitaban los del Antiguo Testamento, como David y Sara, porque indicaban origen judío”.

“Aunque hay gente que lo tiene muy claro, es normal darle muchas vueltas al nombre de un hijo: será algo con lo que se identificará toda la vida. Es un elemento muy social y muy personal, pero, también, está muy sujeto a los dictámenes de las modas”, observa Joan Anton Rabella, responsable de l’Oficina d’Onomàstica del Institut d’Estudis Catalans. Modas, no olvidemos, que ya existían cuando los santorales dictaban, prácticamente, los nombres de los recién nacidos. Sin embargo, como puntualiza la profesora Zabalza, esta costumbre llegó más tarde de lo que se cree: “No fue hasta el siglo XIX, prácticamente, cuando empezó a haber santorales al alcance de cualquiera”. En consecuencia, durante siglos, el elenco de nombres en Europa: “Resultaba muy reducido y tradicional: la gente se llamaba como su padrino o madrina, como sus padres o abuelos”.

“ Las familias con más patrimonio tienden de ser más conservadoras, sobre todo con los varones...con los nombres de mujer hay más creatividad

Ana Zabalza

Profesora de Historia Moderna de la Universidad de Navarra

En España, las tendencias en los nombres de pila empezaron a cambiar a mediados del siglo pasado: “En los años 60 hubo un primer cambio, no muy radical ni muy original, pero interesante”, dice Albert Turull: “Se pusieron de moda las Evas, las Cristinas, las Martas, los Danieles y Davides. Nombres que hoy son casi clásicos, pero que entonces sonaban modernos: representaban una ruptura respecto a las familias de la posguerra”.

Después del Franquismo, las transformaciones se aceleraron: “Con el fin de la prohibición de usar lenguas diferentes al castellano, hubo un boom de nombres en gallego, en euskera y en catalán”, dice Ana Zabalza. Eso, añade, se combinó con un paulatino abandono del catolicismo y de la tradición. “Y ahora la gente quiere poner a su hijo —normalmente único—, un nombre único: que no sea ni como el abuelo ni como el padrino. En parte, ¡porque ya no hay padrinos!”.

De todos modos, los nombres clásicos sobreviven. En especial, entre las clases más altas: “Es evidente que los nombres varían según la condición social, y que las familias que tienen más patrimonio, tienden de ser más conservadoras. Sobre todo, en los nombres masculinos: con los nombres de mujer hay más creatividad”, explica Zabalza.

Para Albert Turull, “la gran revolución” en la antroponimia empezó a finales de la década de los 90 y continúa en el siglo actual. Se basa, dice, en dos fenómenos: “Primero, en la mencionada búsqueda de la originalidad. Y, especialmente en lugares como Catalunya, en la tendencia de los nombres cortos, si pueden ser de una sola sílaba, mejor (como Nil, Pol, Jan, Roc...), hoy hay muy pocos nombres de tres sílabas”. Sin olvidar la aceptación de “los hipocrísticos”, los diminutivos familiares: “Antes no se podía llamar ‘Lola’ o ‘Max’ a una criatura. Ahora se permite y ha sido una vía enorme de entrada de los nombres cortos”.

El periodista Berenguer Costa Fernández tiene uno de esos nombres de tres sílabas, cada vez más escasos. “Me iba a llamar Manel, como todos en mi familia, pero a mí madre no le convencía”, cuenta. Optaron por Berenguer, en honor a los condes de la Catalunya medieval. Aunque su nombre no le ha causado grandes traumas, para su hijo, que ya tiene cuatro años, buscaron algo más corto, aunque también singular. “Se llama Macià. Queríamos algo diferente”, recalca. Puntualiza que no es honor al president Francesc Macià: “Somos catalanistas, pero no es un nombre político, sino antiguo. Es una forma de conservar el patrimonio cultural del país y espero que él lo viva como lo viví yo, con orgullo”.

“ Los nombres que indican estatus social se devalúan rápidamente: Martina, Lucía o Sofía se han desgastado cuando grupos sociales más bajos los copiaron

Joan Anton Rabella
Oficina d’Onomàstica del Institut d’Estudis Catalans

¿Reflejan los nombres la situación política? ¿Con el procés, se pusieron nombres más catalanes que nunca? Alguer, Izard o Aran se oyen cada vez más. “Todo influye, pero sería muy difícil saber en qué porcentaje”, responde Joan Anton Rabella. “Lo que sí quizás aumentó, debido a la situación política, fueron los casos de personas que, administrativamente, catalanizan su nombre o apellido”, sugiere. De lo que no tiene duda este experto: “Es que hay nombres reivindicativos, relacionados con la cultura o la geografía catalana, como también se ponen nombres marcadamente castellanos. Hay una voluntad de reafirmarse, en un sentido u otro”.

Rabella destaca otros fenómenos en la nomenclatura actual: la irrupción de nombres globales —que pueden ser entendidos en varias lenguas— y, en especial, el boom de los nombres mediáticos. “Si durante siglos se pusieron nombres de santos o de

personajes importantes, porque se veía como un gesto de buen augurio, estos aspectos positivos se repiten hoy, pero reformados”. El mejor ejemplo: Leo, el nombre de niño más frecuente en Catalunya desde hace años (también muy popular en toda España). “Se puso muy de moda a partir de Leo Messi, alguien que, desde la perspectiva de nuestra sociedad, tiene prestigio. Sería la actualización de los nombres de “buen augurio” que le mencionaba”.

“ Cuando un nombre se hace muy famoso o muy típico, se quema: Las Vanessas y Jessicas de finales del siglo anterior están pasadísimas de moda

Albert Turull i Rubinat
Societat d’Onomàstica

Pero los Leos se van a Miami y los nombres pasan de moda, cada vez más rápidamente. Los tres entrevistados recalcan este fenómeno: “Cada vez hay menos Leos en los rankings. Creo que, en cinco años, difícilmente se mantendrá y, quizás, en una década, sea un nombre residual”, augura Rabella. “Hoy, incluso los nombres que indican estatus social, se devalúan más rápidamente”, añade la profesora Zabalza. Pone como ejemplo Martina, Lucía o Sofía: “Nombres que empezaron a ponerse en grupos sociales más elevados y son prestigiosos”. Pero, como el nombre es también un tipo de ascensor social: “Otros grupos sociales, digamos más bajos, los han copiado, y ha habido un desgaste”.

“Los nombres se saturan, cada vez con mayor rapidez”, coincide Albert Turull. En parte, debido a esta frenética búsqueda de la originalidad, que hace que cuando hay demasiados Liams, Jans, Izanes, Lias o Lunas en la clase, se busquen otras opciones. “Cuando un nombre se hace muy famoso o muy típico, se va frenando o se quema: “Las Vanessas y las Jessicas, de finales del siglo anterior, están pasadísimas de moda”, dice Turull, que desvela que Vanessa se puso de moda por la hija del cantante Manolo Escobar. Y es que, para bien o para mal, la farándula impacta en cómo nos llamamos: “Ramona era un nombre muy frecuente y su diminutivo Ramoneta, también, pero en los 70 salió aquella canción de La Ramona pechugona y... ¡Se acabaron en seco! El nombre no tiene la culpa, pero las circunstancias sociales, influyen”.

“Hoy la gente quiere ser original, definitivamente, pero el nombre puede ser un estigma”, resume Ana Zabalza. Lo que puede ser inusual, prestigioso o divertido (como llamar a una niña María-María), puede convertirse en un problema. Aunque en países como España, explica, existen unas normas para impedir que el nombre pueda ser ofensivo: "Tiene que ser decente, decoroso, tiene que distinguir el sexo y tiene que ser políticamente neutro: no puede ser un panfleto, porque los hijos no son propiedad de los padres”.